

EL RESCATE MEXICANO DE LOS ESPAÑOLES REPUBLICANOS (1940-1942)

José María Muria*

HEMOS HECHO A VECES GRANDES *argüendes* por acontecimientos de importancia muy relativa y pasamos por alto aquella gran gesta mexicana en relación a la caída de la República Española, legalmente constituida, y la protección de los miles y miles de hombres, mujeres y niños que se vieron obligados a salir de España so pena de morir ajusticiados por los rebeldes o de, al menos, pasar por las peores cárceles y vivir un calvario difícil de imaginar.

Vale la pena decirlo a voz en cuello: México fue, entre 1938 y 1944 protagonista de una de las páginas más brillantes de la historia de la diplomacia y, sin exagerar, del devenir de la humanidad.

Obviamente no vencimos a nadie, ni nos defendimos con honor de agresión alguna: simple y sencillamente nuestros gobiernos de entonces, no con el beneplácito unánime aunque si mayoritario de la población, salvaron la vida o al menos la libertad de un número de personas que fluctúa entre los cien y los ciento cincuenta mil, además de haber dado después refugio seguro y propicio para rehacer su vida a un crecido número de ellos que, al menos es lo que yo pienso, puede situarse alrededor de las cincuenta mil almas. Ello equivale a más asilados en México que en todos los demás países de América juntos.

* Historiador, doctorado en El Colegio de México. Miembro numerario de la Academia Mexicana de la Historia y del SNI-III.

Pero quede claro por igual que no fueron solamente españoles los beneficiados por aquellas gestiones, cuéntese también a los brigadistas internacionales que habían hecho parte de la Guerra de España –entre quienes había también mexicanos- y otro grupo definido como “variopinto” por Verónica Astrid Karam, de la UNAM.

Había, dice, desde individuos de la región del Sarre –peleada por Alemania y Francia- libaneses y hasta judíos sefarditas y de otras procedencias que, por una razón u otra, necesitaban abandonar Europa para salvarse.

Llama la atención la ausencia total de este tema en la mayor parte de los libros de historia general de México. Tal es el caso, sólo por pensar en el más reciente, del que coordinó en 2010 Gisela von Wobeser y encargó la etapa comprendida de 1934 a 1988 al francés Jean Meyer. Es lamentable la ausencia porque de esta obra se hizo un cuarto de millón de ejemplares... pero llama más la atención cuando se trata de obras más o menos relacionadas con El Colegio de México, una institución surgida precisamente de la inmigración republicana española y el deseo del gobierno mexicano de ayudar y aprovechar la capacidad de intelectuales que formaron parte de ella: A manera de ejemplo, está la *Historia General de México*, edición del año 2000, en la que Lorenzo Meyer se hizo cargo de la época correspondiente, y *México. Breve historia contemporánea*, de la autoría de Alicia Hernández. Valdría la pena indagar las razones de dicha omisión.

Por otra parte vale comentar que el dicho “acuerdo” no se halla incluido tampoco en la colección de *Tratados ratificados y convenios ejecutivos celebrados por México* que preparó el Senado de la República en 1972, con la colaboración de la Secretaría de Relaciones Exteriores. La razón debe ser que, a pesar de haber operado y haber gozado incluso de partidas presupuestales, nunca fue aprobado por la Cámara Alta del Congreso de la Unión.

Podría suponerse que, en los tiempos que corren, en que estamos tan *bocabajeados*, subrayar la mencionada gesta ayudaría sin duda a mejorar el estado de ánimo general. Esta hazaña, que

verdaderamente vale la pena por su gran valor cívico y humano, la tenemos arrinconada en el último cajón de los recuerdos.

Sabemos del respaldo brindado por la delegación mexicana en la ginebrina Sociedad de Naciones –antecesora de la ONU- bajo la jefatura de la maestra Palma Guillén, una mujer extraordinaria, sabemos de la modesta ayuda de pertrechos militares y víveres para el ejército republicano durante la Guerra, de los muchachos de las Brigadas Internacionales que portaban nuestra tricolor cosida a su ropaje, pero sin duda que lo más apreciable fue la solidaridad con los vencidos.

Un hecho anecdótico, pero muy significativo: El Presidente de la Generalitat de Catalunya y el Lehendakari de los vascos pasaron juntos la frontera por un camino casi exclusivo de las cabras pirenaicas, que culminaba en el puerto de Lli, del municipio de La Vajol. Habían quedado ambos de hacerlo junto al presidente Manuel Azaña, de la República Española, pero éste no quiso hacerlo y se les adelantó... Ello ocurrió el día 5 de febrero de 1939.

Pues bien, al llegar al primer tramo carretero más o menos asfaltado, encontraron un taxi que llevaba cuatro o cinco días concurrendo a ese sitio para ver si aparecían. No iba el *chauffeur* de marras por su cuenta y riesgo, naturalmente. ¿Quién le pagaba e instruía? pues el embajador de México en Francia don Narciso Bassols.

A partir de ahí, la representación mexicana en ese país se iría convirtiendo, cada vez más, en una auténtica protectora de los miles y miles que, de un modo o de otro, cruzaban la frontera en busca de refugio.

Se habla de casi medio millón de personas que pasaron a Francia y, no obstante lo que esperaban, el recibimiento que les brindaron los franceses resultó muy hostil. Bien grabados les quedaron a todos ellos los gritos de *¡Allez! ¡allez!* de los gendarmes, que antecedian frecuentemente a un golpe de culata, y las constantes frases de “*Nous somme de la part de Franco*” con que se negaba ayuda y, con frecuencia, hasta la venta de alimentos por parte de muchos “*enfants de la patrie*” de la *Legalité* y de la *Fraternité*.

Se dice, por ejemplo, que tal alud de gente desposeída les cayó de sorpresa a los franceses. Ello es del todo falso: se ha demostrado de manera contundente que, desde un año antes, ya se hablaba del tema en el meollo del gobierno galo e, incluso, se había decidido ya la ubicación de algunos lugares donde después se establecerían campos de concentración. Entre otros la playa de Argelés Sur Mer, donde estuvo el más grande, que incluso fue visitada por autoridades francesas en el primer tercio de 1938. Sin embargo, no fue hasta que estaba ya llena de gente cuando se empezaron a repartir materiales para que se construyeran las primeras barracas, en pleno invierno de 1939, uno de los más crudos que se recuerdan.

La vida en los dichos campos fue horrible, por lo que la Legación mexicana no escatimó esfuerzos en aras de la salida del mayor número posible de reclusos durante todo el año 1939, además de los seis mil que lograron ser embarcados hacia México, antes de octubre de ese año, antes de suspenderse el envío de más por el inminente comienzo de la II Guerra Mundial.

No se cuenta aquí al famoso *Mexique*, cuyo primer viaje llegó a Veracruz el 7 de junio de 1937, ya con buen número de refugiados y los famosos 456 niños (llamados de Morelia) que fueron sacados de España para evitar el hambre, las enfermedades y el peligro de morir en los muchos bombardeos que los sublevados y los aviadores italianos y alemanes desataron sobre la población civil.

Cuando la II Guerra empezó, el trato los refugiados gozó de un cambio, en virtud de la necesidad que tuvo Francia de soldados para África y mano de obra para el trabajo industrial y rural. Prácticamente entonces se acabaron los campos de concentración.

La mayor reducción del número de refugiados fue gracias al regreso producido por el mal trato francés y las promesas de que, quienes no hubieran cometido delitos –“que no tuvieran las manos manchadas de sangre”, se decía.- podrían regresar sin temor alguno. Se habla de que lo hicieron unos 300 mil y de que a unos les fue muy mal y a otros peor. Cárceles llenas y paredones en actividad constante fue el recibimiento, aparte de una vida llena de privaciones de la cual les impediría salir su condición de “rojos”, tal como se les

llamó a los leales a la república, a pesar de que en su mayoría eran demócratas y amantes de la libertad.

El contundente triunfo de Alemania, con quien el franquismo estaba bien aliado, volvió aún más insegura la situación para los republicanos más destacados. En efecto, Julián Zugazagoitia y Joan Peiró, quienes durante un tiempo fueron Ministro de Gobernación y de Industria y Comercio, durante la República, el famoso periodista Francisco Cruz Salido y el Presidente todavía en ejercicio de la Generalitat de Catalunya, Lluís Copmanys, entre muchos otros, fueron secuestrados de Francia por policías franquistas, con la colaboración de la Gestapo, y llevados España donde tarde o temprano fueron fusilados.

Otros más se salvaron en pleno trance. Lluís Nicolau D'Olwer, quien fuera gobernador del Banco de España, por ejemplo, sufrió un juicio de extradición en Francia, pero fue salvado por la magnífica defensa que de él se hizo, y el presidente de la República Española, Manuel Azaña, cuyo secuestro fue evitado a la hora de la comida del 15 de septiembre de 1940, en la población de Montauban. Los dos casos gracias al embajador de México, Luis I. Rodríguez, quien había substituido a Narciso Bassols al finalizar el año anterior. El primer caso lo ganó por sus habilidades de leguleyo y porque le asistía la razón. El segundo, echando mano de su pistola y encañonando al policía español, Pedro Urraca, y a sus dos secuaces, que pretendieron llevarse al presidente Azaña por la fuerza. Pero en ambos casos le valía el *acuerdo* de protección que ya había firmado con el gobierno francés el 22 de agosto.

Nicolau D'Olwer, vivió en México hasta su muerte en 1961, casado con la ya mencionada Palma Guillén, a quien había conocido en Ginebra y, por cierto, jugó también un papel importante en su defensa. Por cierto que, contratado por El Colegio de México, Nicolau escribió uno de los mejores libros sobre Bernardino de Sahagún que se han hecho. Azaña, por su parte, ya no pudo hacer el viaje: murió en una de las habitaciones habilitadas como embajada, en la propia ciudad de Montauban. Por ello tiene razón quien dice que murió en México...al menos fue en territorio

legalmente mexicano habiendo hecho su solicitud, se dice, para obtener la nacionalidad. También es cierto que fue nuestro lábaro patrio el que cubrió su ataúd en el tránsito hasta el Cementerio Municipal de Montauban. Y que se quedó para siempre dentro de la caja.

El caso es que los españoles quedaron entre la espada y la pared: a merced de la Gestapo en camino a campos de trabajo alemanes, que en realidad también eran de exterminio o a merced de la policía española que actuaba con toda libertad en Francia, aunque fuera la llamada “libre”, e incluso con la ayuda de las autoridades de ésta. Por otro lado, en caso de salir de ahí, prácticamente no había ni adonde ni como ir.

Sin ellos saberlo, la ventana se abrió el lunes 1º de julio de 1940 cuando se recibió en Biárritz, donde estaba provisionalmente la embajada, el telegrama 1699, procedente de México, que decía lo siguiente:

Con carácter urgente manifieste usted al gobierno francés que México está dispuesto a acoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia. Diga usted que este gobierno está tomando medidas conducentes para llevar a cabo esta resolución en el menor tiempo posible. Si el gobierno francés acepta en principio nuestra idea, expresará usted que, desde el momento de su aceptación TODOS LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES QUEDARÁN BAJO LA PROTECCIÓN DEL PABELLÓN MEXICANO. Asimismo, de aceptar el gobierno francés sugiera usted forma práctica para realizar propósitos en la inteligencia de que en atención a las circunstancias nos dirigimos a gobiernos alemán e italiano comunicándoles nuestro deseo. Conteste urgentemente.

Presidente Lázaro Cárdenas.

En efecto, los ministros plenipotenciarios mexicanos en Roma y Berlín recibieron las indicaciones correspondientes, lo mismo que

el embajador en Washington y los embajadores y ministros de México en los países de Centro y Sudamérica. A estos últimos se ordenaba preguntar al respectivo gobierno si estaban dispuestos a cooperar y en qué forma. Ninguno levantó finalmente la mano.

Al de Estados Unidos se le ofreció incluso que, si estaba dispuesto a acoger con la bandera norte-americana a dichos refugiados, ya fuera en el continente europeo o, desde luego, durante la travesía, el gobierno mexicano estaría dispuesto a cederle este honor. También este gobierno se hizo como si la Virgen le hablara.

No así Luís I. Rodríguez que, al día siguiente, manifestó aprestarse a cumplir las indicaciones y anunció, además, que adelantándose a los generosos propósitos, había protegido y embarcado hacia México a todos cuantos se habían asilado en la embajada o le habían pedido la ayuda.

Una audiencia de media hora con el presidente Petain le fue concedida a Rodríguez el martes 9 en el Hôtel du Parc, de Vichy, a partir de las 16:30 hrs.

El Mariscal de Francia Henri Phillipe Petain, miembro de la Academie Française y no sé cuántas cosas más, caracterizado “por la sumisión y allanamiento a las exigencias del invasor”, según refiere Rodríguez, recibió puntualmente al embajador de México en la habitación 418, que ocupaba en el referido hotel. Por fortuna tenemos la minuta de dicha trascendental entrevista que nos legó el propio representante plenipotenciario mexicano.

El escenario, dadas las circunstancias, careció de la solemnidad correspondiente a la reunión de un jefe de estado con un miembro del cuerpo diplomático acreditado en su país: Petain, estaba sentado en una butaca y Rodríguez hubo de hacerlo, puesto que no había más, al borde de la cama del presidente francés.

Explicada la intención después de las florecitas de rigor, Petain quiso saber por qué se quería favorecer a “gente indeseable” y “renegada de sus costumbres y de sus ideas”. Las razones esgrimidas por Rodríguez sobre afinidades de sangre y de espíritu, así como su capacitación para ayudar a explotar las riquezas naturales mexicanas, hizo afirmar a Petain que los mexicanos tenían más corazón que

experiencia... En efecto, Rodríguez tenía 39 años y Petain 84.

Fue entonces cuando Rodríguez tiró la primera estocada: “¿Qué problema puede plantearse cuando mi patria... [desea] aligerar la pesada carga que soporta [Francia] sobre sus espaldas, emigrando el mayor número de refugiados hispanos?”

-Ninguno, dijo.

Ya se había dado el primer paso, aunque no quería reconocerlo como ayuda a Francia. Su orgullo se lo impedía... Sin embargo no fueron motivos humanitarios los que prevalecieron, sino precisamente la posibilidad de quitarse un problema de encima.

-Nuevos argumentos sirvieron de esgrima a las palabras, continúa explicando el embajador, Él, [Petain], celoso de defender su ideología y los compromisos contraídos; yo empeñado en cumplir lealmente con mi alto propósito.

Finalmente, para terminar la entrevista, el Mariscal de Francia afirmó: “Diga usted que estoy de acuerdo con el plan que se me propone” Luego se vería la forma de implementarlo, máxime que estaba en vísperas de reformar su gabinete.

Rodríguez, sin embargo, todavía fue más allá pidiendo que se intercambiaran notas que le dieran forma a la conversación, para que el nuevo gobierno se encontrara ya con una situación creada. Petain contestó que no tenía inconveniente ninguno.

El último párrafo de Rodríguez merece ser reproducido en su totalidad, dice:

Se había resuelto casi milagrosamente, con profundo sentido de humanidad, la suerte de millares de hombres atenazados por el destino. México reafirmaba con esta actitud los perfiles tan marcados que lo significaban en el derecho de gentes. Sentí ganas de gritar a todo el mundo la emoción que por ello restallaba en mi espíritu.

El telegrama que mandó a México fue más seco y formal, pero anunciaba que comenzaban los trabajos para llegar a la culminación del proceso.

Tres días después se mandó la nota anunciada a Petain y éste contestó el 19 de julio: siete días más adelante. Ya por escrito el hombre fue más cauteloso con sus calificativos peyorativos contra los republicanos y, a la vez, más entusiasta con el proyecto:

Creo que este proyecto merece ser considerado y puesto en ejecución tan rápidamente como sea posible, ya que simplificaría grandemente el problema de avituallamiento de Francia y daría a los refugiados españoles la posibilidad de encontrar en un país amigo las condiciones para una nueva existencia.

Además, de esta nota resultaba importante que Petain ya designaba encargado de la negociación al señor Paul Baudoin, recién nombrado Ministro de Negocios Extranjeros. A él se dirigió casi de inmediato Rodríguez para ponerlo en antecedentes e iniciar los trabajos de lo que el propio Baudoin, al dar por terminadas las negociaciones, calificó como “una de las empresas de emigración más considerables”.

Por México quedaron acreditados para la negociación, aparte de Luis I. Rodríguez, el Cónsul general en Francia Gilberto Bosques, Francisco M. Vaca, Consejero de la Legación, Gabriel Lucio, Secretario de la misma, y los Cancilleres Alfonso Castro Valle y Alfredo Martínez-Baca, así como Edmundo González Roa, Cónsul adscrito. Como “asesor técnico” se incluyó, no se sabe por qué, a Antoni M. Sbert, miembro quien había formado parte del gobierno autónomo de Cataluña.

Por el lado de Francia, hubo representantes de los ministerios de Negocios Extranjeros, del Interior (el director general de Seguridad), de Producción, de la Defensa Nacional, de Agricultura y de la Secretaría de la Guerra.

Tal diversidad se debió a que se carecía de información confiable en cuanto a la cantidad y condición de los refugiados y entre todos los ministerios, junto con los representantes mexicanos, pudieron desenvolverse con información relativamente certera.

Asimismo, implicaba la aceptación de las dependencias gubernamentales convocadas, cuyos titulares fueron renuentes a colaborar antes de que Rodríguez les exhibiera la nota ya referida del Mariscal Petain.

No obstante, una semana después de firmado el *Acuerdo*, el 31 de agosto de 1940, Rodríguez todavía tuvo que entrevistarse con Pierre Laval, otro personaje entregado de manera abyecta a los deseos de Alemania y muy sensible a no hacer enojar a Franco. Había que evitar que Laval echara abajo todo el trabajo.

- No guardo ninguna simpatía para los refugiados, espetó. Finalmente, gracias a los buenos oficios de Rodríguez, concluyó que no se opondría a que se fueran, pero que tampoco haría nada para ayudarlos.
- Al menos conseguimos que se neutralizara su acción en contra, escribió Rodríguez.

Desde el principio Alemania e Italia estuvieron de acuerdo con la intención mexicana, no tanto porque nos tuvieran miedo, sino porque coqueteaban con nuestro petróleo, nacionalizado hacía apenas un par de años. Pero la cosa cambiaría del todo cuando, el 22 de mayo de 1942, México le declaró la Guerra al Eje. Ahí se acabó también de hecho la vigencia del dicho *Acuerdo*, pero durante el par de años de su vida se acabaron casi por completo las deportaciones de refugiados españoles y su envío a los campos de trabajo alemanes e incluso fueron regresados, maltrechos pero vivos, muchos que ya estaban allá. Además se acabaron las extradiciones expeditas a España y los secuestros en la Francia “libre” por parte de policías franquistas.

Como es de suponerse, el gobierno de Franco, además de pataletas, hizo varios intentos de anular la gesta mexicana. En efecto, sí consiguió estorbar, pero en términos generales puede decirse que les hizo a los nuestros: “lo que el viento a Juárez”.

En correspondencia, México fue, hasta 1975, el peor escollo internacional de la dictadura franquista.

En su momento, México abrió sus puertas a todos los que pudieran trasladarse y patrocinó el viaje de muchos. Hubo dificultades, es cierto, entre otras la falta de dinero para fletar barcos y la escasez de éstos, pero lo más importante para ellos fueron los famosos documentos de identidad que expidieron los consulados a cuantos lo solicitaron que los declaraba bajo la protección de la bandera mexicana, tuvieran o no la intención de venir a México. Con ello quedó regularizada su estancia en Francia durante los dos años referidos, además de prestar ayudas de todo tipo para coadyuvar a la supervivencia y la protección y el refugio a quienes, a pesar de todo, seguían corriendo riesgo.

Uno de ellos, entrevistado muchos años después por Dolores Pla, recordó emotivamente cuando el gobierno mexicano lo había puesto bajo su protección:

Quando yo estaba completamente desamparado, sin patria y sin nada, tener un documento que decía: "Esta persona está aceptada en México y aquí tiene unos centavos para poder atenderse... es algo grandioso. Simplemente grandioso. Algo que nadie puede valorar mejor que quien lo ha vivido.

Es el mismo que, poco antes de morir, recordó a sus deudos su encargo de que no olvidaran poner en su ataúd una bolsita con tierra y piedras de Cataluña, que guardaba desde tiempos inmemoriales, pero también que sobre su corazón se colocara la banderita mexicana que se compró cuando, en septiembre de 1942, con su hijo mexicano en brazos, concurrió por primera vez a gritar ¡vivas! a México y a su independencia.

Este hombre tuvo presente, como muchos, la ayuda mexicana hasta el fin de sus días. Ojala todos lo hubieran hecho así. Otros, lamentablemente, lo fueron olvidando... pero lo que resulta peor es que no pocos de sus descendientes hacen ya caso omiso de aquello y actúan en sentido contrario y a favor de quienes entonces se opusieron a su venida y a la ayuda que les proporcionó a sus ancestros el gobierno y el pueblo mexicano.

Por ejemplo: Bien puede decirse que el petróleo nacionalizado los salvó y ahora, con ánimo de medrar, pujan cuanto pueden por su privatización. ¡Claro! Ahora tienen dinerito y todavía quieren más...

Rodríguez y otros mexicanos en Francia y en otras partes se encargaron de enviar a la Secretaría de Relaciones Exteriores numerosos recortes de periódico que hablaban sobre el dichoso *Acuerdo*. Hay de todo en ellos: desde el *Excelsior* de México que felicitaba a Rodríguez por su labor, hasta rotativos de muy diversos lugares de Francia que, en su mayoría, se congratularon de que los españoles se largaran a estorbar a otro lado.

Uno de ellos, el *Petit Journal* de Marsella, dice contento “Buen viaje, señores, háganse colgar en otra parte”. El *New York Herald Tribune* aplaudía en los términos siguientes: “Los refugiados en Francia miran hacia México. Cien mil de ellos esperan que puedan ser fletados los barcos antes de que el hambre o Franco se apoderen de ellos”.

Aparte de la resistencia de algunos franceses y la mencionada oposición franca del gobierno de España, que de poco valió, hubo otros problemas que entorpecieron la intención del presidente Cárdenas y las gestiones de Luis I. Rodríguez y del Cónsul General en Francia, Gilberto Bosques.

Por un lado, la resistencia de grupos mexicanos de derecha y españoles de residencia antigua en nuestro país, que desataron una fuerte propaganda desacreditando a quienes se verían favorecidos por la política gubernamental y manifestaron su franca oposición a ella. Vale decir que hizo poca mella y, curiosamente, no pocos refugiados fueron acogidos desde el momento de su arribo en empresas de españoles bien establecidos desde tiempo atrás.

Quienes sí complicaron la vida de los representantes mexicanos fueron algunos líderes republicanos españoles, como fue el caso de Indalecio Prieto, que fue de los primeros en llegar a México, y de un “Comité de asesores” que, sin saber cómo, se constituyó en Francia. Todos quisieron determinar los nombres que se irían incluyendo en las listas, argumentando que quienes habían sido más importantes

en España debían tener prioridad.

Rodríguez sostuvo, según sus propias palabras, no poder aceptar

...que en los trabajos de evacuación que se organicen prive el criterio político para salvar en primer término a quienes se sientan con mayores responsabilidades dada la categoría de los puestos que desempeñaron en la República Española.

Consideraba que ello iba en contra de su “filiación democrática” y de la tradición mexicana “que en ningún caso ha sabido de preferencias cuando ofrece su pabellón para salvar a los perseguidos”.

Un primer escollo del propio gobierno de México se asomó a la vista de Rodríguez mediante una carta que le envió el secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, recibida el 23 de julio, aunque había sido enviada desde el 31 de mayo: siete semanas antes. En ella se le decía que fuera cauteloso con los envíos de refugiados en virtud de que tenían muchos conflictos entre ellos y no se acomodaban fácilmente a la situación mexicana... Rodríguez telegrafió de inmediato: “Vista desesperada situación...refugiados españoles, presidente librome instrucciones ampararlos absoluta, definitivamente.” Luego agregaba: “Espero contar valiosa, imprescindible ayuda de usted para realizar tarea encomendóseme”.

García Téllez rectificó entonces: “Ofrézcole plena colaboración difícil labor emprende”. Pero lo cierto es que el nuevo gobierno, encabezado por Manuel Ávila Camacho, que comenzó el 1 de diciembre de 1940, si bien no echó por tierra lo que había emprendido su antecesor, si le hizo una rebajita al entusiasmo y, tanto Rodríguez como Bosques enfrentaron cierta resistencia a los envíos, pero de alguna manera –echándole muchas ganas- hicieron valer sus decisiones.

Entre una cosa y otra, el resultado final no fue el que se esperaba, sin embargo, puede decirse *grosso modo* que con tales acciones más de cien mil personas salvaron su vida o, al menos su libertad, de los

cuales algo menos que la mitad fueron a dar a México. Ese es el número más sensato, en vez de las encogidas cifras que, no sabemos con qué fines, se han empezado a generalizar. Pero lo que no puede contradecirse, en ningún caso, es que a este país nuestro vinieron a dar muchos más refugiados españoles que a todos los demás países de América, juntos.